

**Tapie, R. P. Marie H. (?)**

***A través de las selvas brasileñas* (trad. esp. por Gómez de la Mata, 1930)**

.....

En la jornada del martes 20 de junio no hubo que señalar nada importante, a no ser el encuentro con un tamandúa, a quien perdonamos la vida en gracia a los servicios que presta en el *sertao*.

El tamandúa u oso hormiguero, de gran corpulencia, inofensivo para el viajero, es el enemigo más terrible, el mayor destructor, el exterminador por excelencia de las hormigas. Y las hormigas constituyen uno de los máximos azotes del *sertao*. Edifican montículos que miden tres y cuatro metros de diámetro en su base y de lejos semejan montones de heno. Suponen verdaderas casas donde los diligentes insectos hacían el fruto de su trabajo y también de sus rapiñas.

Nada resiste a sus tremendas mandíbulas, y como son legión, no tardan en devastar un jardín o un huerto. Hasta los árboles gigantescos de la selva se ven despojados de todas sus hojas en pocas horas por las tales hormigas, según hemos podido comprobar con nuestros propios ojos. He aquí cómo proceden. Un equipo trepa al árbol, corta el pedúnculo cual con unas tijeras, y caen las hojas al suelo, donde un segundo equipo las parte de manera que pueda llevárselas inmediatamente al hormiguero el tercer equipo. Cuando han escogido un huerto estas asoladoras, se ha de renunciar a preservarlo. No queda al propietario otro remedio que capitular, huir e ir a establecerse lejos. Cuando se quiere proteger un árbol especial por el que se tenga particular interés, se lo rodea de un foso lleno de agua, porque las hormigas no se aventuran a pasarlo, y aun así, no siempre resulta eficaz este recurso.

En uno de nuestros conventos habían conseguido los Padres traer de Francia y aclimatar dos colmenas, cuyas abejas esperaban ver multiplicarse pronto. Se las había rodeado de un foso de ochenta centímetros de profundidad y cincuenta de anchura, lleno de agua mantenida cuidadosamente a altura conveniente, con objeto de preservar de cualquier ataque enfadoso miel y abejas. Todo fue bien durante algún tiempo. Pero la mañana menos pensada se tuvo el sentimiento de descubrir que por la noche habían sido asediadas ambas colmenas, en las cuales no quedaba ni una abeja.

Relatemos lo que había ocurrido.

Sin duda había arrojado el viento algunas hojas en el foso, y al punto habían aprovechado la ocasión las industriosas hormigas para pasar de una a otra orilla en batallones apretados y renovados sin tregua. Sorprendidas, todas las pobres abejas habían sido partidas en dos de la misma manera. De una dentellada las asaltantes les habían cercenado la cintura que une el coselete con el abdomen, y luego se habían llevado a su guarida los despojos. Al salir radioso el Sol, ya no alumbraba sino un campo de batalla donde yacían millares de hormigas inanimadas, traspasadas por el dardo de las abejas, que se habían defendido valientemente, pero que habían acabado por sucumbir al número.

Bien se ve de qué fechorías son capaces las hormigas y cuánto importa respetar a los animales que les dan caza. Y conforme he dicho, su peor enemigo en el *sertao* es el tamandúa.

El que encontramos tenía las dimensiones de un gozquecillo de talla mediana perteneciente a la especie llamada *bandeira*, porque su cola ostenta forma de penacho.

Le sorprendimos ocupado en llevar a cabo su tarea favorita. Metía su lengua pegajosa y desmesuradamente larga en un hormiguero, y cuando estaba bien cubierta de insectos, la retiraba y se tragaba con presteza el contenido. Luego recomienza, hasta que se siente harto.

El tamandúa de mayor corpulencia no es peligroso para el viajero más que cuando se le ataca. Entonces se adosa a un árbol y se yergue terrible. ¡Pobre del adversario, hombre o animal, que no se ponga fuera del alcance de sus acosos! Porque sus miembros anteriores más bien se asemejan a brazos que a patas y se rematan en dos uñas que miden de doce a quince centímetros de largo por ocho o diez de diámetro en su base y parecen cuernos de novillo. Cuando consigue asir a su enemigo, el tamandúa le abraza ferozmente, y oprimiéndole contra su pecho, le clava sus dos uñas en la carne, atravesándole así de parte a parte. Ambos están destinados a la muerte, el uno porque ha sido triturado y traspasado, el otro porque, al no poder aflojar su abrazo y separar sus patas delanteras, queda sujeto a su víctima y perece con ella.

Nos sobraba, pues, razón para mantenernos a distancia respetuosa de este tamandúa. Después de admirar discretamente su trabajo, le dejamos proseguir tal obra de utilidad pública y continuamos nuestra marcha.

.....

.....

A las seis y media llegábamos a orillas de un riachuelo minúsculo, cuyas ondas, corriendo a la sombra de altas palmeras, eran excepcionalmente claras y lípidas. Apenas si arrastraba algunos centímetros de agua por un cauce de chinarras róseos y azules. Me pareció excelente la ocasión para meter los pies en el agua, aunque no fuese sino por unos instantes, y lavarme al propio tiempo las medias, que habían sufrido más de una salpicadura, bastando un cuarto de hora de aquel sol tropical para secarlas. El *camarada* me lo permitió, viendo, por la disposición de los lugares, que no había ningún peligro.

Pronto estuvieron lavadas, aunque no me atrevería a asegurar que bien lavadas, las medias en cuestión, largas hasta subir mucho más arriba de las rodillas. A falta de jabón, las empañé sencillamente en el agua varias veces, torciéndolas a conciencia cada vez, retorciéndolas y volviéndolas a retorcer aún, y por último las tendí a pleno sol sobre una especie de matorral de ramaje seco como cerillas de madera.

Después de la comida, compuesta de arroz y carne curada, como de costumbre, calculé que las medias estarían más que enjutas ya, y fui a recogerlas antes de calzarme las botas altas que me habían prestado tantos y tan señalados servicios. Desde luego encontré el matorral ; pero no vi mis medias, por mucho que miré. Sin embargo, no me engañaba, y estaba seguro, lo que se dice segurísimo, de haberlas extendido con cuidado sobre aquel montón de ramas secas, hasta de haberlas enganchado a una, para mayor tranquilidad mía. No cabía error; me acordaba muy bien de haber escogido aquel matorral seco con preferencia a los arbustos verdes que había al lado mismo, temiendo que las mancharan para siempre con su savia o con alguna resina páfida. No obstante, me hallaba obligado a rendirme a la evidencia de que las medias habían desaparecido. Los mulos pastaban lejos y no corría el menor soplo de viento; además, las medias estaban enganchadas, nos hallábamos solos el *camarada* y yo en aquel desierto, y el *camarada* no se había

movido de junto a la marmita donde hervían el arroz y la carne. ¿Qué misterio era este, entonces? Participé mi sorpresa a Manoel, quien acudió y descubrió en seguida la clave del enigma.

-¿Qué ha hecho usted, Padre? ¿Lo que ha tomado por un matorral seco y por un secadero modelo no es otra cosa que un nido de enormes hormigas *carregadoras*, las cuales se han apoderado de las medias de usted.

Le respondí que no me explicaba para qué podían servirles, que de todos modos *res clamat domino* y que había que recuperarlas cuanto antes.

El *camarada*, quien conocía mejor las costumbres de *los bichos del sertao* que el latín, repuso -¿Recuperar sus medias? Es de todo punto imposible. Ande, mire de cerca y verá en lo que se han convertido.

Me incliné, y a través de las ramas secas vi millares y millares de hormigas atareadas, llevando cada una entre sus mandíbulas un trocito de media de uno o dos centímetros cuadrados y transportándolo al hormiguero. Media hora les había bastado para llevar a cabo esta obra que yo llamaba de destrucción y de bandidaje y que las hormigas, en su lengua, debían de llamar obra de edificación o de reavituallamiento.

Como me lamentara, me consoló el bueno del *camarada* diciéndome que había acaecido una aventura semejante y aun peor a mi llorado predecesor, con el cual viajaba en compañía de otro Padre. Por haber sudado mucho durante la jornada, el Padre colgó su camisa de las ramas de un árbol antes de acostarse, y al llegar la mañana no quedaban de la camisa en cuestión más que los botones grandes de nácar. Era esta misma especie de hormigas la que había destruido y se había llevado todo.

No lo tache de exageración el lector. Evidentemente, no puedo garantizar la historia de la camisa, de la cual no fui testigo; pero la de las medias que acabo de contar es de lo más auténtica, y de ella sí fui testigo y víctima.

Por lo demás, ya he contado cómo, en pocas horas, ejecutan estas hormigas *carregadoras* faenas mucho más difíciles que el acarreo de un par de medias. En una sola noche despojan de todo su verdor a los árboles gigantes de la selva.

Un primer equipo sube al árbol y corta con sus mandíbulas el pedúnculo de las hojas, que caen al suelo; un segundo equipo las parte en trocitos regulares, que un tercer equipo al punto se lleva al hormiguero. Por la mañana no queda ya en el árbol ni una sola hoja, según he podido comprobar muchas veces con mis propios ojos.

Un poco desenojado por la historia que me contó el *camarada*, hube de consolarme argumentándome que podía haberme ocurrido algo peor. Abrí mi pobre *canastra* y saqué de ella el único par de medias que me restaba, prometiéndome ser más circunspecto en el porvenir.

A cosa de las seis llegamos a un campamento ideal, cerca de un *brejo* con aguas frescas y claras, con *capim* verde y abundante para nuestros mulos. Así, pues, la cena tranquila y el buen sueño nos trajeron una compensación a las fatigas de la jornada y a las emociones de la noche anterior, pasada a orillas del Corumba.

.....

.....

Al anochecer, cambió el paisaje, y divisamos en lontananza la masa sombría de espaciosas selvas; pero era imposible llegar allí, porque se nos echaba encima la noche, y, además, reclamaban descanso nuestros mulos fatigadísimos. Nos decidimos, pues, a acampar al raso. Había muy cerca algunos arbolillos desmedrados, y para no acostarme en el suelo sobre un cuero de buey, me dispuse a colgar de ellos mi hamaca; pero el *camarada* se opuso con energía a semejante cosa.

- Guárdese de hacerlo - dijo -, pues tendría que arrepentirse por dos razones: se rompería la rama y le invadirían las hormigas.

En el transcurso de mi viaje a través del *sertao*, he encontrado con frecuencia tales arbolillos achaparrados, con color indeciso, de un blanco o de un gris tirando a amarillo. De lejos, se parecen bastante a los chaparros: pero, en realidad, son muy distintos. Se los llama vulgarmente *pao-terra* (árbol-tierra), y este nombre expresivo describe bien su verdadera clase, pues constituyen árboles rellenos de tierra, de efectiva tierra. Pero, ¿quién la ha introducido en el tronco del árbol?

De fijo no es la savia la que, al subir, aspira, tan enorme cantidad de tierra, ni tampoco los escasos viajeros quienes pierden el tiempo con este trabajo de muerte, porque la ascensión de la tierra implica la muerte del árbol. Sin embargo, su tronco, y a veces sus ramas, están llenos de ella. ¿Quién la ha puesto?

He aquí lo que ha ocurrido. A causa de un accidente cualquiera, se abre un agujero en el tronco del árbol, poco resistente, por cierto. Entonces vienen a él unas hormigas especiales de esas regiones cálidas, agrandando el agujero, vaciando el tronco y no dejándole más que una ligera capa de madera bajo la corteza, lo justo para que pueda sostenerse. Llevado a cabo este trabajo preliminar, las hormigas llenan de tierra semejantes chimeneas y en ellas establecen su morada.

Ahuecar así el tronco de un árbol supone una labor de paciencia; pero no faltan paciencia ni tiempo a las hormigas del desierto. Además, facilitan y apresuran su ejecución la división del trabajo y el orden perfecto con que se hace. Se reparten la faena equipos adecuados, y las galerías abiertas así se juntan siempre con una precisión geométrica que nunca admiraremos por demás. No habrían dirigido mejor las obras ingenieros procedentes de la Escuela Central o de la Politécnica.

Sabios entomólogos han escrito páginas admirables sobre el instinto y las costumbres de los insectos, sobre lo perfilado de las obras ejecutadas por ellos sin otros instrumentos que sus mandíbulas y sus patas, groseras con frecuencia e inhábiles en ocasiones. Al considerar, por un lado, la imperfección de las herramientas de trabajo, y por otro, la perfección, el primor, la delicadeza de la obra, que no podrían reproducir nuestros obreros más hábiles, se han preguntado si no tendría el insecto inteligencia, y, en ciertos casos, una inteligencia superior, porque, en buena lógica, de la perfección de la obra se debe deducir la perfección del obrero.

No han vacilado unos en otorgar esta inteligencia al insecto; otros, en cambio, quedándose admirados ante la obra, han vacilado, y, finalmente, se han abstenido de pronunciarse. La conclusión se imponía, empero, puesto que tales trabajos, tan ordenados, tan finos, tan delicados, tan adecuados a su fin, suponen un conocimiento de este fin y una inteligencia. Pero, ¿dónde situar semejante inteligencia? ¿En el pequeño cerebro del insecto?... No, sino en Aquel que ha creado al insecto y le ha dado sus admirables facultades.

Santo Tomás de Aquino ilustra esta doctrina con un argumento y una comparación que no creo inútil resumir aquí. La flecha, dice, disparada por una mano poderosa y hábil, da en el blanco, no porque lo conozca, sino únicamente porque obedece al impulso infundido por el

cazador, que sí ve y conoce el blanco donde dar. Las agujas de un reloj señalan la hora exacta, y no porque tengan un conocimiento cualquiera del tiempo y de la hora, sino porque agujas y rodajes han sido fabricados y ordenados por un obrero inteligente. El objetivo alcanzado por la flecha y la hora marcada por las agujas del reloj exigen a todo trance una inteligencia ; pero la inteligencia se halla en el cazador y en el relojero, no en la flecha ni en el reloj. Lo mismo perfila el insecto su labor con una perfección primorosa, porque ejecuta lo que ha sido ordenado por el Supremo Artífice.

.....